

al partido *whig* ó con cualquiera otro nombre que tomasen los del Norte; pero dicha falange tenía obligación de convencer á los agricultores, comerciantes, industriales, financieros y amantes de la paz en los Estados del Norte que no habría mayor calamidad para la prosperidad creciente y bienestar del expresado Norte, que una guerra separatista con el Sur; para la cual éste se hallaba preparado, resuelto, aun cuando no se tratase de abolir la esclavitud sino simplemente de mortificarla ó amenazarla por alguna imprudente medida. Estos consejeros circunspectos, leales, reflexivos profundos del partido nordista tenían por función llevar la voz atronadora del *enano del tapanco*; como vulgar pero gráficamente decimos los mexicanos.

Todos los partidos políticos organizados por intereses de fondo puramente económico, tienen dentro de su seno una fracción conservadora muy influente y una fracción radical impulsiva y militante. En el Sur esta fracción era dominante y parte de ella ni llegando á la última extremidad era capaz de apoyar la guerra con el Norte, como lo probó el hecho de que en 1861, quedaron fieles al Norte los Estados esclavistas, Delaware, Maryland, Kentucky y toda la parte occidental del Estado de Virginia. Si los Estados del Sur, no habían ido aún á la guerra en 1830, por el compromiso de 1820, con el agregado de las tarifas aduanales de

1824 y 1828 á favor del Norte, ni viendo el constante progreso del Norte en población y riqueza; era claro que sólo una extremidad de verdadera angustia y desesperación suprema los lanzaría á la rebelión. Pero la voz atronadora del *enano del tapanco* esclavista surtió un efecto considerable, la parte conservadora del partido *whig* oyó á sus falsos consejeros y ofreció temblar ante la actitud fulminante del Sur.

Un pequeño grupo de hombres del Norte quería patrióticamente la paz y que la esclavitud sin permitirle tomar vuelo decayese poco á poco hasta extinguirse sola por la acción emoliente de años de ilustración progresiva.

La corrupción por los empleos, la intimidación por los falsos *whigs* y el cauto patriotismo de un grupo pacífico y selecto formaron la fracción de los demócratas del Norte que unidos á los del Sur, dominaban en ambas Cámaras para todo menos para dar ensanche á la esclavitud contra el compromiso de 1820. El despotismo que pesaba sobre el Norte tenía un límite, su interés supremo; no permitir la erección de mayor número de Estados esclavistas sobre los ya autorizados implícitamente por el compromiso de 1820.

\*

\*\*

¿Los sudistas sin la solicitud de anexión de

Texas habrían impuesto la guerra de conquista seca, brutal, cínica á los del Norte? Para contestar es indispensable saber qué clase de guerra se trataba de imponer. ¿Una gran guerra larga, costosa, ruinososa ó una guerra pequeña, barata, conveniente, fructuosa, en una palabra, mercantil? ¿Una guerra de negocio ó una guerra de catástrofes?

¿Cómo debía ser la futura guerra? La experiencia es el gran maestro, en todas las artes, ciencias, vicios y atentados. ¿Cómo había sido la última guerra de los Estados Unidos contra Inglaterra en 1812? En 1812 el ejército norteamericano puesto en campaña apenas alcanzó á diez mil hombres y la marina de guerra á ocho fragatas, cinco *sloops* y tres *bricks*. Durante el primer año la marina obtuvo hermosos triunfos y formó su reputación, pero el ejército de tierra sólo consiguió derrotas al intentar invadir el Canadá. El año de 1813 tuvo insignificantes triunfos el ejército norteamericano. El general Pike ocupó Toronto, el general Brown rechazó una fuerza inglesa en Sackett's Harbor y el general Harrison recuperó Detroit y derrotó á los indios cerca de Rio Thames; pero el ejército americano fracasó al intentar sorprender á Montreal. Hasta 1814, la guerra en tierra que había sido floja, y sin vigor por ambas partes se acentuó y tuvieron lugar por la primera vez durante la campaña, dos verdaderas batallas, la de Chipewa y la de Landy's

Lane. En Agosto de 1814, una pequeña fuerza de 5,000 ingleses marcharon de Patuxent sobre Wáshington y lo tomaron. El Capitolio, la Casa Blanca y otros edificios fueron incendiados. Después marcharon sobre Baltimore donde fueron vigorosamente rechazados. Esta muy pequeña guerra en tierra, además de lo pagado por los presupuestos corrientes: causó una deuda pública de 127 millones dollars.

El soldado norteamericano es excesivamente costoso. En la guerra de 1846 á 1847, nunca hubo más de 30,000 en el territorio mexicano, pero se alistaron más de 60,000 que reponían las bajas por guerra, enfermedades y por cumplimiento de plazo de enganche que era generalmente de tres á seis meses. La guerra de 1846 á 1847 costó á los Estados Unidos 150 millones de dollars, y nuestra defensa no estuvo siquiera á la altura de nuestros pobres recursos.

Antes de 1830, habíamos tenido una gran guerra, la de nuestra independencia; la invasión de Barradas había sido una locura de España que nunca pudo preocupar á México. Habría sido ridículo en vez de grandioso que á causa de una invasión de 2,700 hombres toda la nación se hubiera puesto en armas, poniéndose el traje de gala y guerrero de su patriotismo.

Los Estados Unidos habían visto que México

en su guerra de independencia, había levantado y sostenido durante largos años 140,000 combatientes de los cuales 80,000 realistas y 60,000 insurgentes. Era claro que la población de México había aumentado y que podía, en caso de invasión extranjera poner en pie de guerra, desnudos, descalzos, demacrados, pero armados y de rara tenacidad, por lo menos 200,000 hombres. Para asegurar el éxito de una guerra con México, la ciencia militar indicaba superioridad en el número de invasores. Los Estados Unidos en vista de la guerra de nuestra independencia debían mandar por lo menos para someter á México 250,000 combatientes expensados por lo bajo para tres años de campaña.

Los Estados Unidos por la guerra de 1812 sabían el elevadísimo precio del servicio de sus soldados. No podía salirles el costo de la guerra á menos de 200 millones de pesos por año, calculando abajo de mil pesos por soldado; en tres años, el costo sería de 600 millones de pesos. Semejante gasto no hubieran podido ni querido hacerlo los Estados Unidos en 1830 por ningún motivo ni pretexto, aun cuando el Sur hubiera puésto por condición separarse si no se le hacía la guerra á México. Ni la tercera parte del sacrificio que importaba una guerra con México lo podía aceptar la mayoría del pueblo norteamericano, siempre

que por supuesto se tomase como era debido por fundamento del cálculo de nuestra resistencia el esfuerzo prodigioso guerrero, que tuvo lugar durante nuestra guerra de independencia.

En 1830 la población de México se calculaba en	7.500.000 habitantes
En 1830 la población blanca de los Estados Unidos era	10.537.000 »

En 1845 la proporción había cambiado muy desfavorablemente para nosotros :

En 1845 población de México calculada	8.000.000 habitantes
En 1845 población blanca de los Estados Unidos	17.250.000 »

La riqueza pública de los Estados Unidos en 1830, era muy inferior á la adquirida en 1845. La guerra con México debía pues agotarlos aun cuando saliesen vencedores si México se defendía al grado del alarde estrepitoso que hacía de su furibundo patriotismo y con la tenacidad y resolución que había manifestado en la guerra de independencia. En 1830 México no había descendido al desprestigio social, político y militar que desgraciadamente lo hacía célebre en 1845.

¿Y sobre todo para qué ese grande esfuerzo agotante económica y moralmente? ¿Para qué vulnerar la Constitución de los Estados Unidos que prohíbe la conquista? ¿Para qué deshorrar la tradición de-

mocrática que anatematiza la fuerza? ¿Para qué escandalizar á todas las naciones cultas con un atentado de verdadero bandolerismo? ¿Para qué manchar á toda la nación poniéndola á copiar las glorias funestas de las monarquías semibárbaras europeas? Por último ¿para qué engrandecer al Sur si era indispensable para la civilización del Norte y su desarrollo material su empobrecimiento y agonía? La guerra con México tenía que ser larga y costosa y México debía pagarla mercantilmente, dollar por dollar, centavo por centavo, con leguas ó metros cuadrados de territorios de poco valor porque estaban despoblados y casi vírgenes. Los despojos de México no podían ser más que territorios donde cupiesen holgadamente naciones y todo ese botín de kilómetros cuadrados de planeta, ¿podían ser para el Sur? ¿La guerra serviría para echar abajo el compromiso de 1820 y ensanchar la esclavitud hasta la América central lo que era la ruina del Norte? No evidentemente.

Pero en cambio el Sur tampoco dejaría que ese gran despojo territorial fuese destinado á engrandecer al Norte; la *última extremidad* llegaba entonces y la guerra con México tenía que determinar una segunda tremenda guerra; la separatista; el divorcio sangriento entre dos pueblos que se odiaban, el choque entre intereses incompatibles, la explosión entre la civilización y la barbarie ama-

sadas por un convenio de carácter puramente teórico.

Imponer al Norte la guerra con México, era imponerle dos guerras; la extranjera y la civil. En 1848 los Estados Unidos vencedores adquirieron los despojos de México y la lucha entre sudistas y nordistas se entabló terrible para disputárselos. Las fracciones conservadoras de ambos partidos aterradas formularon el compromiso de 1850, creyendo que salvaba la jornada, pero Jefferson Davis procedió á formar el partido resuelto separatista y protestó contra el *compromiso de 1850* y sobre todo contra la admisión de California como Estado libre.

La insurrección no estalló porque los sudistas dominando aún en el terreno electoral hicieron aprovechar las presidencias de sus hombres, Franklin Pierce y Buchanan para que rellenasen de armas, municiones y de toda clase de elementos de guerra, los fuertes federales construídos en las costas y territorios de los Estados del Sur; con el objeto de que puestos dichos inmensos almacenes al cuidado de irrisorias guarniciones, fuesen fácil y seguramente tomados por los sudistas al rebelarse y se lanzasen contra el Norte desarmado como en efecto sucedió.

¿Qué objeto podían tener los del Norte para hacernos la guerra en 1830? Quitarnos tierras para

los del Sur? Ya he dicho que tal cosa es inadmisibles. ¿Quitárnoslas para ellos? Las tenían que comprar al precio de dos guerras ruinosas. Esfuerzo estúpido!

Si el Norte ambicionaba tierras mexicanas, el procedimiento prudente y barato para obtenerlas era esperar á que México cada día más débil entrase en agonía. Todo indicaba que el Norte sería cada vez más poderoso y México cada noche más podrido é impotente. *Esperar era vencer*, sin gastar un peso ni un hombre, ni un principio, ni una virtud, ni esa gran reputación democrática con que se enorgullecían los viejos yankees vástagos de la rectitud puritana, soldados místicos de la libertad.

En 1830 y fuera de los intereses convulsivos y agresores que se despiertan en el campo de la opulencia, había un vigoroso elemento sano, importante en el Norte, menos en el Sur, que formaba una vieja guardia vigilante de la Constitución como los *Monteros de Espinosa* de un rey de España. La clase popular tenía como la ilustrada un gran respeto por la Constitución, verdaderamente sagrado, imponente, leal; respeto que no se puede comprender en los países donde todas las espadas tienen el derecho de desgarrar todas las leyes. En las naciones donde el pueblo amanece católico y anochece ateo y es monarquista al día siguiente y demócrata algunas horas después, todo esto en dis-

curso nunca en la realidad, las Constituciones políticas son especie de *cucharones* confeccionados por las facciones que mal se llaman partidos para engullir presupuestos.

En 1830, el corazón de la fracción sana del pueblo norteamericano estaba aun muy cerca de Washington, y su espíritu muy impregnado de recuerdos, de fórmulas, casi de oraciones en honor de la ley y la justicia. Para contar los politicastros y los políticos que engendra la plutocracia con la voluntad de un pueblo que aun engañado manda y se le obedece, era preciso presentarle un atentado en la forma de un deber, de un derecho, de una necesidad legítima. La conquista género Atila ó Hernán Cortés, la hubiera rehusado con indignación. Este trabajo de *toilette* democrática y positiva para hermostear una maldad era difícil ejecutarlo á la vista de esa *vieja guardia* de verdaderos republicanos, depositarios de primitivas virtudes, creyentes aún en los gobiernos justos, dotados de religiosa elocuencia y que se hacían escuchar en los momentos de suprema inquietud de la nación.

La política del Sur tenía que ser muy sucia como lo demandaba la causa de la esclavitud. *Los medios corresponden al fin*, para sostener la esclavitud era indispensable en el partido sudista hacer la inmolación de la lealtad, del honor, y de toda nobleza ó acto de verdadera civilización. No obs-

tante el programa único del Sur para despojar á México de Texas, su prensa nunca se atrevió á amenazarnos con la guerra de conquista. El plan no era tenebroso, sino muy claro y se lo presentaban á nuestro gobierno en 1830; y era que los colonos hicieran su independencia como pudiesen y pidieran después su admisión á la Unión americana. Así quedaba salvada la Constitución y el honor de un pueblo que se había presentado al mundo como paladín de la humanidad por el ilimitado respeto al derecho ajeno.

\*  
\*\*

Honra extraordinariamente á la inteligencia del ministro Alamán, no haber creído que los Estados Unidos estuviesen dispuestos á declararnos la guerra en 1830, pues en su iniciativa dirigida al Congreso de la Unión, le dice: « En vez de ejércitos, de batallas é invasiones que hacen tanto estrépito y que por lo común quedan malogrados, echan mano (los Estados Unidos) de arbitrios que considerados uno por uno se desecharían por lentos, ineficaces y á veces palpablemente absurdos; pero que en su conjunto y con el transcurso del tiempo son de un efecto seguro é irresistible (1). »

(1) Iniciativa de 8 de Febrero de 1830.

No es posible resolver acertadamente un problema con datos falsos. El estadista debe tener la frialdad de un ermitaño siempre en ayunas, una gran instrucción y gran poder de análisis para penetrar en todos los secretos de una difícil situación. La vasta instrucción de Alamán era española y en consecuencia deficiente y viciosa en materias sociológicas, más que útil, perniciosa.

En los antecedentes del progreso de los Estados Unidos en cuanto á *extensión territorial hasta 1830*, no había nada de pérfido, ni de ilegítimo, ni de censurable. Ya he dicho que al formarse los Estados Unidos aparecía como territorio que legítimamente había pertenecido á Inglaterra, la inmensa superficie cuyos límites eran: al Norte, el Canadá; al Sur, la Luisiana y las Floridas; al Este, el mar Atlántico y al Oeste, el río Mississippi.

La inmensa región comprendida entre la orilla Oeste del Mississippi y el mar Pacífico, era desconocida y pertenecía en parte á poderosas tribus de salvajes y en parte no tenía dueño. Al apoderarse de los territorios poseídos por los indios bárbaros, los norteamericanos, hicieron lo que los argentinos para apoderarse de la Pampa, lo que los brasileños para hacerse dueños del Amazonas y de sus regiones huleras, lo que los españoles, en toda la América que conquistaron y lo que estamos haciendo

los mexicanos en 1902, con los indios Mayas en el Estado de Yucatán.

La benevolencia de la conquista española que conservó á los indios en vez de exterminarlos como se les echa en cara á los norteamericanos, es una *rueda de molino*, conveniente para deglución de los ignorantes. Cuando en un terreno se encuentran ovejas, se las conserva y se las trasquila y cuando en vez de ovejas se encuentran lobos y panteras se las extermina. Los españoles conservaron para trasquilarlos á los indios mansos, dulces, afables, sumisos, disciplinados por el despotismo azteca ó por el de feroces caciques; y en cuanto á los indios bárbaros hicieron lo mismo que los norteamericanos, pues entre otras autoridades respetables, el barón de Humboldt (1). *Una sabia legislación acaso conseguiría borrar la memoria de aquellos tiempos bárbaros, en que un cabo ó sargento con su patrulla cazaba los indios en las provincias internas como si hicieran una montería de venados.* » Las misiones hicieron muy poco y las balas hicieron mucho por la conquista de los inmensos territorios más allá de los actuales Estados de San Luis Potosí y Zacatecas. Los mexicanos independientes se han librado de los indios bárbaros que asolaban los Estados fronterizos y eran los primiti-

(1) *Ensayo político*, tomo 1, pág. 227.

vos poseedores de esos territorios, exterminándolos.

La política de la España conquistadora fué ser dueña absoluta del Golfo Mexicano; para lo cual se apoderó de todas sus costas; pero en algunos lugares, no se apoderó de los países que corresponden á estas costas. Debía suceder, que la nación ó naciones que se apoderasen del más rico territorio del mundo, *el valle del Mississipi comprendido entre las montañas Alleghanis y las Rocallosas* y dividido por el segundo de los ríos navegables del globo, habian forzosamente de reclamar ó de intentar por cualquier medio su comunicación con el mar. No ha habido, ni hay, ni habrá nación poseyendo un gran territorio fértil que necesite para su comercio por lo menos de un buen puerto que no intente conseguirlo; si no por bien, por mal. Es una necesidad legítima de las naciones como lo es de los individuos. La legislación civil favorece á la propiedad particular y aislada de los caminos públicos, obligando á los propietarios á conceder paso entre aquélla y éstos.

La civilización no puede consentir en que un territorio inmenso en su superficie y en riqueza quede aislado, poco productivo é impotente para el comercio, porque otra nación con fines de codicia y despotismo, se apodera de una zona más ó menos ancha á lo largo de la costa. No hay pueblo en el

mundo que una vez poseedor del valle del Mississippi no hubiera concentrado todas sus fuerzas para comunicarse con el mar. ¿España quería tierras para cultivarlas, disfrutar de su riqueza y beneficiar á la humanidad con su propio progreso? ¿Por qué no se apoderó del valle del Mississippi, que vale más que diez *Nuevas Españas*? Si España sólo se apoderó de Luisiana y Florida para estorbar el bienestar legítimo de otro pueblo, se hizo acreedora á la hostilidad de ese pueblo.

Pero los Estados Unidos se encontraron con que los Estados al Este del Mississippi sólo tenían el mal puerto de Mobila en el territorio de Alabama y el mal fondeadero de Pearl River en el Estado de Mississippi. Los vastos territorios al Oeste del Mississippi ni aun esos malos y pequeños puertos tenían. Los Estados Unidos durante la presidencia de Washington hicieron un arreglo con España, según el cual les era permitida la navegación del Mississippi en su curso á través de Luisiana y el tener depósitos de mercancías en Nueva Orleans.

Los Estados Unidos no manifestaron ambición censurable por poseer las tierras de Luisiana sino el deseo de obtener por compra el puerto de Nueva Orleans, para dar satisfacción á la necesidad nacional absoluta de que acabo de hablar (1) « *These*

(1) Spencer, *History of the United States*, tomo III, pág. 34.

*circumstances added to Mr Jefferson's desire to obtain the cession of New Orleans to the United States* ». No hay tal ambición de la Luisiana y esto se confirma aún con las siguientes líneas: El Presidente Jefferson nombró el 10 de Enero de 1803 á Mr Monroe Ministro Plenipotenciario en Francia (1) *to act with Mr. Livingston in the purchase of New Orleans.* »

¿Cómo adquirieron los Estados Unidos la Luisiana cuando sólo pretendían comprar el puerto de Nueva Orleans? Sin pedirla y por un cambio en la política de Napoleón I respecto del que no quiso dar explicación (2). *The sudden change, however in his plans (de Napoleón I) led him to look favorably upon Livingston's representations; and so most unexpectedly he offered to the United States not New Orleans only but the territory of Louisiana for the sum of fifty millions of francs.*

Sin que los Estados Unidos lo solicitasen, les ofreció toda la Luisiana Napoleón I, por cincuenta millones de francos, no hubo pues intrigas reprochables ni ambición desenfrenada de tierras en esta adquisición.

Respecto de la adquisición de la Florida, es difícil emitir un juicio positivo y claro sobre el asunto por las condiciones metafísicas que abruma el caso.

(1) *Obra citada*, tomo III, pág. 36.

(2) *Obra citada*, tomo III, pág. 38.